

LIBROS

Los himnos de la belleza fugaz

Hymnica, el tercer libro de poemas de Luis Antonio de Villena, es, ya ha sido dicho y la evidencia misma es fuente de turbación, un canto a la belleza. En Hymnica (1) el poeta convoca aquel antiguo, glorioso ideal amoroso, en que la gracia y la hermosura se encarnaban en la juventud, y, desbordados apenas esos rasgos diarios, tal vez inciertos y ásperos, los que convienen a cada cuerpo adolescente, se convertían ellos —y más que cada cuerpo, la idea cuerpo— en forma participatoria de la belleza. En manifestación, fenómeno del sueño, que como tal ha de ser fugaz, transitoria, pasión del momento. Para que ella, la que está detrás, permanezca incólume, un punto inalcanzable.

Los cuerpos —siente Luis Antonio de Villena— están hermosos en ese dulce momento en que participan de la suprema bondad. Y ese momento —y qué más puede importar— es verdadero, está en su carne, es el paisaje estrechable de su espalda y su pelo. Es la luz —y qué hay más fugaz que las luces, que escapan al cambio de gesto, al paso de los minutos— y es la caricia, es la edad indetenible.

Naturalmente, la presencia de estos cuerpos gloriosos vendrá a la escritura en forma de recuerdo. El que vive y escribe sabe que lo narrado es, ¡ay!, tan distante de lo vivido. Si coinciden en algo, eso se llama intensidad. Y si el poema transmite algo de aquella luz primigenia, de aquel momento, cuando la piel era tacto y la vista color —y no recuerdo del tacto y del color—, entonces basta.

El poema es, ahora, el final de la cadena de la participación. Es un mundo de luces en el que se sitúa, que ha saltado del ser, que es la belleza, a ese existir cotidiano y misterioso que la

(1) Luis Antonio de Villena: Hymnica. Eds. Peralta. Poesía Hiperión. Madrid, 1979.



Luis Antonio de Villena.

muestra, y ahora, el poeta que ya conoce, debe escribir y, contaminado, transmitir, hacernos volver al reino sagrado donde las cosas son. Fija sus ojos en los muchachos rubios, morenos, pelo lacio o dorado, ojos negros profundos o verdes de agua, y detiene por un momento las circunstancias instantáneas en que se hizo el milagro... No es extraño que otro placer, distinto pero genuino, impregne ahora las palabras, el esfuerzo infinito que exige el salto de la contemplación y la visión al momento mismo de la escritura, a esta nueva materialidad. En esa tensión debe el poeta poner en marcha los atributos que le conferirán ser el demiurgo de estos nuevos seres; llamará a las voces que nombraron antes parecidos momentos —y resultarán, confesos, los ancestros literarios de toda una tradición hedonista—; dejará que acudan las palabras que, solitarias, podían cargarse ya del misterio de lo instantáneo; permitirá que sus frases se bifurquen, como su corazón ahora dividido entre la existencia y el conocimiento de ella; algunas cadencias y ritmos rotos —porque el instante debe dejar palpable, sensiblemente, su factura de esencialmente quebrado y despedido— se negarán a apoyar la memoria, porque el quehacer del poeta de Hymnica es invitar al placer y a la vida, aunque él mismo lo haga desde el recuerdo, y, por fin, la fuerza de la frase encontrada, natural, rebasará el metro en encabalgamientos muchas veces violentos, que convocan otra vez a cerrar el libro y a vivir.

Y es que pocas veces la poesía

es tan consciente de su grandeza y de su miseria como en el caso de Luis Antonio de Villena. La poesía —siente—, ese goce solitario, diferido, distanciado, es, antes que otra cosa, la sombra de aquella intensidad. Que, además —lo sabe—, no fue, a su vez, más que una sombra. Encontrar la felicidad en esta forma de la conciencia es tarea de una vida. Constaría es, en rigor, oficio de poeta. ■ ROSA MARÍA PEREDA.

En lugar de Dios

Este libro se titula ¿Al fin un hombre nuevo?, pero bien pudiera haberse titulado El fin del hombre nuevo, porque de lo que da cuenta es de los notables esfuerzos de la investigación médico-biológica para acabar con todo rastro de humanidad espontánea y simple (1). Ni el proceso es reciente, ni lo es el tema. En los últimos años han florecido en casi todos los países, sobre todo en los de habla inglesa, muchos trabajos en los que se somete a una crítica humanista agudísima el presunto desarrollo de las ciencias biomédicas. También aquí han aparecido algunas traducciones y también aquí hay textos contrarios, es decir, destinados a favorecer la idea de que los hombres no somos buenos tal y como somos, de manera que debemos someternos a las técnicas de los nuevos pontífices y dejar-

(1) Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1979.

nos conducir, cambiar, dorar, platear, modificar y educar.

Egmont R. Koch y Wolfgang Kessler han reunido una interesante colección de reportajes y entrevistas con algunos de los sabios que, en todas partes, están sentando los principios del "hombre nuevo". La ciencia biomédica ha reducido su condición y se ha convertido en técnica: podemos fecundar niños "in vitro", castrar eficientemente a los delincuentes, o presuntos delincuentes sexuales, determinar el sexo de nuestros futuros hijos y domeñar nuestros desordenados apetitos de libertad sometiéndonos a sutiles artificios electrónicos. Podemos inseminar artificialmente a nuestras hembras, insertar miembros mecánicos en lugar de nuestros torpes miembros orgánicos. Podemos adormecer a los que están demasiado despiertos y desvelar a los durmientes. Podemos lobotomizarnos los unos a los otros, insertarnos electrodos en las meninges, sustituir los ojos por pantallas de televisión y trasplantar órganos sin detenernos mucho a considerar si el donante está lo suficientemente muerto.

Pero detrás de toda esta maravilla científica hay una ancha, inconcreta y trágica voluntad política. En última instancia, se trata de educarnos, y esa es la desagradable conclusión que se obtiene de la lectura. Un ilustre español, el doctor Rodríguez Delgado —que modifica la conducta de sus monos insertándoles "estimuladores transdérmicos" debajo del cuero cabelludo, aparece en las últimas páginas del libro y lo resume todo muy bien: "De vez en cuando llega alguien y pregunta: ¿Pretende usted transformar la obra de Dios y cambiar el destino de los hombres? Y ustedes conocerán sin duda aquella frase de Ochoa, en la que dice que poco a poco, los científicos empiezan a jugar a ser Dios. Pues la respuesta es muy sencilla: todo cuanto el hombre haga es parte de nuestro destino o, si lo prefieren, de la predestinación divina..."

Tenemos la muy humilde impresión de que ya será menos y, además, nos parece que habrá que contar con nosotros, los objetos de la ambiciosa experiencia.

■ F. M.

La religión, en "comics"

De todos los sistemas para acoplar el cristianismo a nuestro tiempo, creo que este de los "comics", si se hace con ingenio y libertad crítica, es de los pocos que merecen atención.

Los hombres de hoy —jóvenes y menos jóvenes— tienen una tendencia a la lectura de este tipo de publicaciones: la imagen caricaturesca, la brevedad incisiva de los textos, el lenguaje dialogado y un cierto desparpajo, son características que atraen al lector actual porque —en este caso concreto del cristianismo— sirve incluso este camino para desmitificar tabúes y acercarlo humanamente al sentido popular que quiso tener el Evangelio cuando se escribió hace veinte siglos.

José Luis Cortés —el autor de este libro de "comics"— es un sacerdote comprometido en una labor pastoral, en contacto directo con la gente sencilla, y un excelente dibujante, lleno de ingenio agudo en su lenguaje y en sus figuras.

Ha escrito un libro de "comics" que tiene, como él mismo

dice, un "tufio anticlerical", pero sano y positivo, que participa de eso que el Evangelio es también: una mezcla aparentemente contradictoria de amables actitudes y de insultantes posturas, aquéllas con los débiles y éstas con los fuertes y duros. No tenemos más que recordar la comprensión con los pecadores y con la gente sencilla del pueblo, y los duros epítetos tanto contra el rey Herodes, como contra los publicanos.

La inspiración fundamental de este logrado ensayo de divulgación popular del cristianismo, se centra en el intento de desarrollar al hombre, darle confianza y hacer todo lo posible porque se desarrollen los demás (1).

Los capítulos tienen un trasfondo pedagógico notable y sumamente acertado. A través del dibujo y la palabra, lleno de humor al día, se llega como colofón de cada parte de la obra a lanzar pregonos, redactar poesías, hacer plegarias y contestar a tests que "interiorizan" el mensaje del libro, el cual no es, ni más ni me-

(1) J. L. Cortés. *Un Señor como Dios manda*. Ed. PPC. Madrid, 1979.



José Luis Cortés.

nos, que la Buena Noticia que se expresa en esos cuatro libritos llenos de espontaneidad, e incluso ingenuidad, que escribieron los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan hace la friolera de veinte siglos, y que hoy requieren una presentación juvenil y popular acomodada a nuestros gustos.

No se dirige sólo a los jóvenes de edad, sino a los jóvenes de espíritu, a los que tienen el espíritu, como él dice, "abierto a la simplicidad y al humor".

No son estos "comics" semejantes a los mucho más libres de Claire Brétecher en el "Nouvel Observateur", que tienen un campo más amplio de lectores. La intención de unos y otros es diferente: el "comic" de Cortés entra dentro del campo cristiano y católico, aunque con independencia y libertad: el de Claire Brétecher intenta aportar unos datos históricos y humanos contados en "comic", y nada más.

Y entiendo que unos y otros son interesantes de difundir, porque son vehículo de educación popular religiosa: los unos —como el de Cortés—, con sentido religioso, y los otros —como el de Claire Brétecher—, con un afán de poner la realidad humana religiosa en su sitio, sin contemplaciones, pero sin resentimiento negativista.

El país —nuestro país— necesita un poco más de humor, de simplicidad espontánea y de desmitificación, tanto del clericalismo heato de muchos dirigentes de la Iglesia, como del anticlericalismo negativista de otros tiempos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Antonio di Benedetto desde la espera

Hizo falta que el Premio Italia-América Latina 1978 —antes lo habían merecido Onetti, Lezama Lima y Jorge Amado— recayera en la novela "Zama", de Antonio di Benedetto, para que, nuevamente, esta obra fuese publicada (Alfaguara-Bruguera, Madrid, 1979). Y digo nuevamente porque ya lo está en alemán, francés, italiano, inglés y portugués. Hace algunos años, "Zama" también contó con su primera publicación en español (Planeta, Barcelona, 1972). Sólo que, entonces, muy pocos en nuestro país sabían de don Diego de Zama y, mucho menos, de Antonio di Benedetto. Y digo que hizo falta ese premio porque, así, al amparo de un galardón de prestigio —oh!, el prestigio de los galardones— y, sobre todo, de esta fiebre —beneficiosa, aunque no siempre selectiva— de las editoriales españolas por editar autores latinoamericanos, se va a reparar una injusticia. Cuando apareció "Zama" en nuestro país, pasó virtualmente inadvertida, ignorándose, tan ciegamente, una de las voces más singulares y significativas de la literatura escrita en castellano. Aunque sea de la otra orilla del Atlántico. Bien venido sea nuevamente "Zama", que, esta vez, trae aires de reparador de olvidos. Aunque algo tarde di Benedetto no ha corrido igual suerte que su personaje. Su espera —la del novelista— sí que ha tenido término.

Antonio di Benedetto.



La nueva revista "Ere"

Ya está en la calle el nuevo semanario vasco "Ere", cuyo contenido es bilingüe, con notable —y, de momento, lógico— predominio del castellano sobre el euskera. Sale confiado en que "el hueco, importante a nuestro juicio, que resta en el panorama informativo vasco será cubierto por esta revista". De ahí su título,



"Ere", que significa "también", como si quisiera subrayar el hecho de que hay, o debe haber, sitio para todos. La dirige Luis Lacasa, ex subdirector de "Egin", y reúne en su Redacción a numerosos profesionales procedentes de este periódico, entre ellos, el que fuera su primer director, Mariano Ferrer. Situada en una línea abierta, sin adscripción alguna de partido o grupo, la nueva publicación muestra un afán informativo, cultural, de opinión y reportaje, realizado con profesionalidad e independencia. El primer número —cuya portada reproducimos— sale con 68 páginas, en negro y a todo color, entre las que no se cuentan las 16 del cuadernillo especial dedicado al Festival de Cine de San Sebastián, sede también de "Ere". Auguramos —y, desde luego, deseamos— a nuestro joven colega una vida larga y fecunda en el difícil campo de la información. ■ B. DE A.